

EMPLEO Y DESEMPLEO: ¿PROBLEMAS FICTICIOS O REALES?

Pedro Francke*

Cualquier persona común y corriente, cualquier peruano entrevistado en la calle o con el que conversemos casualmente en alguna «combi», no dudaría en decir que en el Perú hay un agudo problema de falta de empleos. Preguntar si existe un problema de desempleo en el Perú le puede parecer extraña a la enorme mayoría: ¿a quién se le ocurre dudarlo?

Sólo a los economistas. Para la mayoría de ellos, el desempleo es un problema más ficticio que real. Con los datos estadísticos que nos suelen abrumar y revisando conceptos y definiciones, muchos economista afirman contundentemente que la tasa de desempleo en el Perú es relativamente baja, menor que la de muchos países europeos. Dicen que el concepto de «subempleo» no es muy adecuado, porque la mayoría de quienes responden a esa calificación han recibido tan honorario título porque ganan poco, no porque trabajen poco. En síntesis, asegurarán que el problema no es de empleo, sino de bajos ingresos.

Tamaño contradicción entre el sentido común y el discurso de los académicos ha llamado la atención. En un reportaje reciente, la sección económica del diario «El Comercio» se refería a esto como un «misterio»: mientras casi la mitad de la población afirma, al ser encuestada, que el principal problema del país es la falta de trabajo, las estadísticas oficiales indican que en Lima el desempleo sólo alcanza a un 8% de la Población Económicamente Activa. ¿Será un intenso sentido de solidaridad el que motiva esta preocupación ciudadana? Qué bueno fuera.

ESTADÍSTICAS: ¿UNA FORMA DE MENTIR?

Efectivamente, las cifras oficiales indican que el desempleo en Lima durante 1996 fue de apenas 8%. Alto para estándares estadounidenses, pero no para estándares europeos (en España la tasa de desempleo bordea el 20%) ni tampoco para estándares latinoamericanos (en Argentina supera el 15%, y en Chile, durante la crisis de mediados de los 80, fue aun superior).

Pero incluso las cifras oficiales de desempleo, si se miran con más detalle, muestran a algunos grupos sociales bajo una luz que debe causar bastante preocupación. El desempleo juvenil, por ejemplo, entre los 14 y los 24 años, alcanza el 15%. Y el desempleo femenino, el 11%. Haciendo de abogado del diablo, sin embargo, se podría decir que tal concentración del desempleo en determinados grupos demográficos tiene sus ventajas: como contrapartida, hay poco desempleo entre los jefes de hogar. Los jóvenes están desocupados pero al menos sus padres tienen trabajo, y por ello no ven que su sobrevivencia esté en riesgo.

Pero en esta oportunidad, como en otras, las estadísticas pueden ser una forma de ocultar la

realidad y no de revelarla. Oficialmente se considera desempleada a aquella persona en edad de trabajar que, no teniendo empleo fijo, se encuentra buscando trabajo activamente. Dado que no existe un registro permanente de los desempleados, la tasa de desempleo se calcula mediante encuestas, considerándose desempleado a quien no trabajó y buscó trabajo la semana anterior al momento de la encuesta. ¿Y si una persona no buscó trabajo esa semana porque se cansó de hacerlo?, ¿o porque le han ofrecido empleo para dos semanas más adelante? Esto es lo que se llama **desempleo oculto** (oculto para las estadísticas, ya que no para la sociedad). La estadística considera desempleados ocultos a los que no teniendo trabajo dicen que no lo buscaron porque saben que no lo encontrarán, o se han cansado de buscar o están esperando el resultado de que otro lo busque por ellos (el recurso del «contacto» o la «vara»). Se estima que en Lima hay tantos o más desempleados ocultos que desempleados «abiertos» (los que no son ocultos), lo que ya eleva la tasa de desempleo a un nivel preocupante, similar al de Argentina o España.

Se debe sumar también los subempleados por horas: aquellos que trabajan sólo algunas mañanas o unas pocas horas (menos de 35 a la semana), y que queriendo trabajar más, no lo consiguen. Son otro 18% de la Población Económicamente Activa (PEA). Hasta aquí, ya vamos por un 30% de personas que quieren más empleo, pero no lo obtienen. Ahora sí las respuestas sobre cuál es el problema principal en este momento van adquiriendo mayor sentido.

Hay, sin embargo, otro gran grupo de la población que para las estadísticas del desempleo sí está totalmente oculto. Juega a las escondidas con esmero. Es el grupo de las amas de casa, jubilados y en menor medida estudiantes que ya dejaron de buscar trabajo tiempo atrás, que casi se han resignado a no emplearse y se dedican a vivir de sus pensiones o a trabajar en su hogar. Podemos incluir también en éste a los jóvenes que después de mucho buscar empleo sin lograrlo, estudian algún cursito para buscar mejor suerte.

¿Cuántos son? No lo sabemos. Pero una experiencia vivida hacia 1986-87 reflejó claramente esta situación. El gobierno de aquel entonces lanzó el PAIT, el «Programa de Apoyo al Ingreso Temporal». ¿Recuerdan a las señoras pintando casas, recogiendo basura o pintando piedritas en las bermas de algunas pistas? Ese era el PAIT. Y viene a colación porque cuando se hizo un estudio sobre quiénes habían respondido al ofrecimiento del gobierno de un empleo temporal -de sólo tres meses con el salario mínimo-, resultó que no se trataba de personas que se encontraban antes desempleadas. No. La enorme mayoría eran amas de casa, que nunca habían sido consideradas como potenciales demandantes de puestos de trabajo.

Mientras un 95% de los hombres de 25 a 55 años trabaja o busca trabajo, sólo el 60 % de las mujeres entre esas edades lo hace. Ello, por supuesto, no quiere decir que las del 40% restante no «trabajen», sino que lo hacen en su casa, en las labores domésticas. Y, como hemos visto, tampoco quiere decir que no quieran trabajar, si tienen la oportunidad de hacerlo.

Este enorme «ejército industrial de reserva» como lo llamaba Marx, entra y sale del mercado de trabajo según las oportunidades que se presenten. En 1991, el año más duro de la crisis tras el ajuste, un 56% de las personas en edad de trabajar (de 14 a 65 años) participó en el mercado laboral; en 1995, esa cifra se incrementó al 62%.

Es por eso que la medida del desempleo en el Perú no sirve para seguir la coyuntura económica. En Estados Unidos, la publicación de la tasa de desempleo mensual es esperada con ansiedad por los inversionistas bursátiles, y la bolsa neoyorquina puede caer o levantarse según los resultados que anuncie el Buró de Estadísticas Laborales. Curiosamente, una buena noticia para la sociedad es una mala noticia para la bolsa neoyorquina: cuando la tasa de desempleo anunciada es muy baja, ello anuncia un recalentamiento de la economía y los inversionistas esperan que el «Federal Reserve» (el banco central norteamericano) eleve las tasas de interés y enfríe el crecimiento, por lo que la bolsa cae. En el Perú, la tasa de desempleo se publica tarde, mal y nunca, y ningún economista o inversionista modifica sus análisis o pronósticos por ella.

EL DIFÍCIL CONCEPTO DEL DESEMPLEO... Y DEL EMPLEO

El desempleo es un concepto difícil para los investigadores, aunque parezca lo contrario en la vida cotidiana. Nada menos que un Premio Nobel -Robert Lucas- afirma que el llamado desempleo prácticamente no existe, porque cualquiera podría encontrar un empleo si estuviera dispuesto a trabajar por un salario suficientemente bajo. Así que estar desempleado es una decisión voluntaria, del mismo modo que uno decide casarse o divorciarse. No se está desempleado, sino que no se desea trabajar. Para Lucas, se trata de un problema individual y no social.

En el Perú, que no es Estados Unidos, decidir no trabajar por un salario menor puede ser simplemente decidir no perder dinero, porque ganar menos sería no reponer las energías gastadas por el esfuerzo realizado.

Podríamos más bien poner en tela de juicio si todos los que se consideran empleados, realmente lo están. «¿Trabajó usted en los últimos siete días?», pregunta la encuestadora. «Sí», responde el hombre de color cetrino y aspecto cansado. Ahí termina la entrevista, la persona es clasificada como empleada. Pero nadie le preguntó qué considera trabajo el interrogado. ¿Limpió lunas en alguna esquina de Lima? ¿Pasó todo el día buscando algún cliente a quien arreglarle el silenciador en un zanjón improvisado y no consiguió ninguno? ¿Logró hacerse de alguna billetera ajena?

Tal vez estas «ocupaciones», bastante comunes en el Perú, no sean realmente «empleos», aunque las personas dediquen tiempo y esfuerzo a ellas. La primera linda con la mendicidad y la última es claramente delincencial, mientras que la segunda sería un caso que puede parecer curioso: alguien cuyo empleo consistía en estar buscando trabajo. Desde el punto de vista

económico, serían ocupaciones que no producen nada, absolutamente nada, ningún bien ni servicio. Sólo son mecanismos de «redistribución».

El caso del reparador de silenciadores es el más interesante. Bien mirado, la misma cantidad de silenciadores podrían ser arreglados por la mitad o la tercera parte de personas, pero se «reparten la chamba» entre todos. Estos informales peruanos han hecho realidad la estrategia de «reducción de la jornada de trabajo» que se discute y empieza a practicar en Europa para reducir el desempleo: si todos trabajan menos horas, hay más puestos de trabajo. Con la diferencia de que el resto del tiempo no lo usan para recrearse, cultivar el intelecto o mejorar su hogar, sino sólo para buscar clientes; y de que, además, se reparten también el ingreso, por lo que cada uno gana menos.

Hay muchos de estos curiosos casos de empleos en los que buena parte del tiempo se dedica a buscar trabajo: limpiadores de autos, peluquerías poco concurridas, vendedores de puerta en puerta, algunos ambulantes y taxistas cuando tienen un mal día. El lenguaje de las encuestas puede, en estos casos, prestarse a malas jugadas. Pregunta: ¿Tiene empleo? Respuesta: Sí. Trabaja menos de 35 horas: No. Conclusión: no es desempleado ni subempleado. Pero si preguntáramos si tiene un problema de falta de trabajo, la respuesta seguramente sería afirmativa, porque tiene pocos clientes a quienes cortarles el pelo. El problema es que, en estas actividades de comercio y servicio realizadas en forma independiente, el «trabajo» es «buscar trabajo».

Dicen en tono de broma que el sector con mayor nivel de empleo en el Perú es el metalmecánico: hay miles «pateando latas». Pero la broma tiene mucho de realidad si hablamos de vendedores ambulantes o servicios personales.

¿Más o menos cuánta gente podría estar en esta situación? Un estudio de G. Yamada, profesor de la Universidad del Pacífico y actual vice-ministro de Trabajo, indica que en 1994 un 16% de los trabajadores de Lima -unas 300 mil personas- eran independientes que, si hubieran tenido un trabajo asalariado, habrían ganado más que en su ocupación actual. Toda esta gente, sin duda, quiere un empleo, y sólo se mantiene en ese «autoempleo» porque no lo consigue.

NUMEROS AUDACES

Haciendo sumas, ¿realmente cuántos limeños pueden estar afectados por problemas de empleo? El 8% de desempleados abiertos, un 10% de desempleados ocultos, digamos otro 5% de amas de casa y estudiantes «superocultos» para el mercado de trabajo, un 15% más de quienes trabajan pocas horas, otro 16% de «autoempleados de sobrevivencia»; en total, alrededor de la mitad de la población económicamente activa -o potencialmente activa - está

afectada por un problema de falta de empleos¹.

Tal vez sea simple coincidencia, pero este porcentaje sí se aproxima al de las personas que en las encuestas de opinión indican que el principal problema nacional es el de la falta de empleo, o que desaprueban la gestión presidencial por no crear empleos.

LO QUE QUIERE LA GENTE

No es simplemente la existencia de esa falta de empleo, sin embargo, lo que hace que la gente lo identifique como el principal problema. Al fin y al cabo, otra mitad de la población es pobre y esa categoría no aparece en las encuestas de opinión, como tampoco figura la desnutrición o la falta de agua y desagüe o la vivienda. Tras el reclamo de la población hay también una concepción, vaga pero presente, del rol del Estado en relación a la problemática social del país.

En efecto, antes que dádivas, la población quiere empleos. Los peruanos quieren tener los medios para ganarse dignamente la vida con su propio esfuerzo. En los países desarrollados, el neoliberalismo empuja la idea de que los mecanismos de protección social -seguro de desempleo, **welfare**, etc.- incentivan a la gente a trabajar menos y de esa manera tienden a perpetuar la pobreza. En el Perú a nadie se le ha ocurrido esa concepción porque el espíritu de la población es exactamente el contrario: quieren menos asistencialismo y más «chamba». Y aunque el actual sistema socio-económico no establece una responsabilidad clara en este terreno -¿no es la inversión privada la llamada a resolver este problema?-, la población no deja de considerar que el empleo no es sino la forma como se expresa para su vida cotidiana la marcha global de la economía, sobre la cual sí se le toma cuentas al Estado.

EMPLEOS: NECESIDADES Y PERSPECTIVAS

La difícil situación del empleo en el Perú tiene causas coyunturales y estructurales. El «enfriamiento» de la economía ha tenido un efecto importante: es la causa de que el mercado laboral esté particularmente difícil. Aunque las estadísticas indican que el desempleo ha bajado, lo que siente la población es que la situación del mercado laboral está dura.

Un reflejo de ello se puede observar en el comportamiento de los sueldos y salarios. Después de un aumento importante entre 1992 y 1994, cuando junto al crecimiento económico los salarios se recuperaron en 15 % en términos reales, en estos últimos dos años los salarios han vuelto a caer con la recesión, llegando a estar incluso por debajo de los de 1992. Otro

¹ Una suma directa es en realidad una aproximación que presenta dificultades. Las tasas de desempleo y subempleo se expresan como proporción de la PEA, pero en nuestro análisis hemos indicado la necesidad de incluir a varios grupos que están formalmente fuera de la PEA, por lo cual los porcentajes no se pueden sumar directamente. Como proporción de esta población efectiva o potencialmente activa, los afectados por un problema de empleo serían un 45%.

indicador es la tasa de desempleo entre los jóvenes: se elevó de 11 % a 15%.

Lo cierto es que, aun cuando la tasa de desempleo no lo refleje, existe una relación entre el crecimiento económico y el empleo, particularmente entre las empresas grandes y modernas. No con el conjunto de empresas, porque, insistimos, hay un gran sector de informales, trátase de pequeñas empresas o de independientes, cuyo movimiento se relaciona más con la necesidad de albergar a los que no consiguen empleos formales.

El problema más serio, sin embargo, es estructural. Por un lado, enfrentaremos una impresionante cantidad de jóvenes que se incorporarán a la fuerza laboral en los próximos años, lo que hará que -descontando a quienes se jubilan- se necesite crear medio millón de puestos de trabajo al año, aun sin contar lo que se necesitaría para absorber a informales y desempleados ocultos. Por otro lado, algunos de los sectores importantes que se espera sustenten el crecimiento económico en un futuro próximo no crean muchos empleos: en la minería, por ejemplo, cada puesto de trabajo requiere una inversión promedio de 140 mil dólares, por lo que incluso una inversión del orden de los mil millones de dólares anuales en el sector, sólo generaría unos 7 mil puestos de trabajo. Aun cuando la minería, gracias a la demanda de insumos y servicios genera más empleos de manera indirecta, está lejos de proporcionar los empleos requeridos.

Dentro de la estrategia de desarrollo gubernamental, otros sectores considerados importantes pero que sí podrían generar mayor número de puestos de trabajo son los de turismo y agroexportación. Lamentablemente, no existen estudios precisos que permitan estimar cuántos empleos podrían generarse en estas actividades. En el caso de la agroexportación, incluso, hay grandes diferencias entre los distintos productos: algunos requieren un procesamiento intensivo en mano de obra, como el espárrago, y otros mucho menos, como la cebolla blanca. Se trata de actividades cuyo nivel de desarrollo actual es todavía muy incipiente. Ello permite prever un crecimiento importante y sostenido a futuro, pero su impacto sobre la economía va a ser relativamente menor por algún tiempo.

Hay también una preocupación por el tipo de empleos que se generan en estos sectores. En la industria esparaguera, y probablemente en la mayor parte de la agroexportación, los empleos son temporales, con largas jornadas de trabajo, remuneraciones bajas y evasión generalizada de beneficios sociales como los de seguridad social.

Este es otro de los dilemas que hay que enfrentar en el Perú: muchos empleos pero malos **versus** pocos empleos pero buenos. Es una disyuntiva que se observa en la realidad: los pocos pero buenos empleos son los de la banca, los servicios de punta (telecomunicaciones, etc), la minería y el petróleo, la gran industria. Los muchos empleos, pero malos, son los de la pequeña empresa, los informales, etc. Esta diferencia ha tendido a desdibujarse con la nueva legislación laboral; cada vez más las grandes empresas funcionan mediante contratos con

«cooperativas» o «services» que pagan montos mínimos. Un guachimán en una institución grande me contó hace poco que ganaba 320 soles mensuales por 12 horas de trabajo diario. ¿Tendrá seguridad social, vacaciones, gratificaciones, como manda la ley?

Una de las interpretaciones es que esto es bueno: como los empleos son más baratos, habrá más empleos; es decir, la ley de la demanda aplicada al mercado de trabajo. Además, eleva la rentabilidad de las empresas, y como éstas obtienen más utilidades, invertirán más y la economía crecerá más rápidamente. Otro punto de vista plantea que estos efectos son secundarios; que al ser menores las remuneraciones, será menor igualmente la demanda por bienes y eso hará que la industria se desarrolle menos y también que los ambulantes vendan menos.

Es difícil saber cuál es la verdad, porque la realidad del mercado de trabajo ha hecho que lo informal se confunda con lo formal. Hay menos empleos en empresas grandes, pero ¿es porque realmente tienen menos empleos o porque subcontratan servicios o «cooperativas»? ¿Es, a lo mejor, porque la privatización ha hecho que salgan de las ex-empresas públicas muchos que sobraban?

El empleo va a seguir siendo uno de los principales problemas del país en las próximas décadas. Es hora de ponerse las pilas para definir bien cómo lo vamos a enfrentar.

*Economista. Profesor de la Universidad Católica. Consultor.

Empleo y Desempleo....